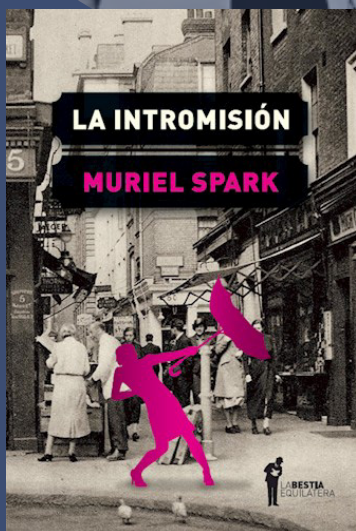




La Escalera

Lugar de lecturas



COMIENZA A LEER...

MURIEL
SPARK

1

Un día, a mediados del siglo xx, estaba sentada en un antiguo cementerio de Kensington que todavía no habían demolido, cuando se me acercó un policía. Era tímido, sonreía, y podría pensarse que atravesaba el césped para invitarme a un partido de tenis. Pero solo quería saber qué hacía yo allí, aunque era evidente que no le gustaba tener que preguntármelo. Le dije que estaba escribiendo un poema y le ofrecí un sándwich, que rechazó porque acababa de comer. Se quedó un rato hablando y se despidió: dijo que las tumbas debían de ser muy antiguas, que era agradable poder hablar con alguien, y me deseó buena suerte.

Fue el último día de toda una parte de mi vida, aunque en ese momento no lo sabía. Me quedé sentada sobre la lápida de una tumba victoriana, escribiendo el poema hasta que se puso el sol. Vivía cerca, en un cuarto alquilado, con una estufa de gas y un hornillo que funcionaban con chelines y peniques, lo que uno prefiriera o tuviera, de la época predecimal. Tenía la moral alta. Estaba sin trabajo, pero eso que, mirado con frialdad, podría haber sido un factor deprimente, en realidad no lo era. Tampoco la condición repugnante del propietario de mi casa, un tal señor Alexander, hombre de baja estatura. Me resistía a volver a casa por miedo a que me abordara. No le debía el alquiler, pero como tenía el pequeño cuarto que ocupaba atestado de libros, papeles, cajas y bolsas, provisiones y rastros de las visitas que acostumbraban a quedarse a tomar el té o venían muy tarde a verme, me insistía en que le alquilara una habitación de la casa más grande y más cara.

Había resistido a sus demandas hasta el momento, según las cuales yo me alojaba en una habitación doble por el precio de una individual. Al mismo tiempo, estaba fascinada por lo asqueroso que era. La señora

Alexander, alta y altiva, se mantenía al margen de la cuestión del alquiler, empeñada en no ser confundida con una arrendadora cualquiera. Siempre llevaba el pelo negro y brillante, como recién salida de la peluquería, y las uñas pintadas de rojo. Entraba y salía con un saludo amable, como si fuese una inquilina más, pero de clase superior. Por mi parte, yo la observaba mientras le sonreía con amabilidad recíproca. No tenía nada contra los Alexander, excepto en lo referido a alquilar un cuarto más caro. Si él me hubiera echado a la calle tampoco les habría guardado rencor; más bien, habría quedado fascinada. En cierto modo sentía que el cerdo de Alexander era excelente en su calidad de cerdo, un ejemplar de primera categoría. Y aunque al regresar a casa trataba de evitarlo, también sabía que, de producirse el encuentro, podía ganar algo. La verdad es que tenía conciencia del *daimon* que gozaba en mi interior al ver a la gente tal como era, y no solo eso, sino viéndola más que nunca como era, más y más, cada vez mejor.

Por entonces yo tenía un grupo de amigos extraordinarios, llenos de bondad y de maldad. No tenía un centavo, pero flotaba en las alturas por haber escapado recientemente de la Asociación Autobiográfica (sin fines de lucro), donde me tenían por loca, cuando no por perversa. Voy a hablarles de la Asociación Autobiográfica.

Diez meses antes del día en que escribía mi poema en Kensington junto a las tumbas gastadas, cuando hablé con aquel policía tímido, llegó la carta con el «Querida Fleur».

«Querida Fleur». Fleur era el nombre que azarosamente me pusieron al nacer, como pasa siempre, antes de saber cómo va a ser uno. No es que yo tuviera mal aspecto; solo que Fleur no era el nombre apropiado, y me pertenecía tanto como pertenecen sus nombres a esas melancólicas Alegra, esos apocados Víctor, esas Gloria sin gloria y esas Ángela materialistas que inevitablemente te cruzas en el curso de una larga vida de presentaciones e intromisiones. Incluso una vez conocí a un Lanzarote que, puedo asegurar, era de todo menos un caballero.

Como quiera que sea, la carta decía: «Querida Fleur: ¡Creo que te he encontrado un trabajo!», y continuaba, larga, aburrida. Era de una amiga bienintencionada cuya cara ya no recuerdo. ¿Por qué conservé esas cartas? ¿Por qué? Están todas cuidadosamente guardadas en finas carpetas atadas con una cinta rosa: 1949, 1950, 1951 y así sucesivamente. Me había formado como secretaria. Tal vez pensé que debía archivarlas y estoy segura de haber creído que algún día tendrían interés. Sin embargo, en sí mismas no son muy interesantes. Por ejemplo, poco antes de 1950, una librería me escribió para reclamarme un pago, o de lo contrario darían «los pasos pertinentes». En aquella época debía dinero a varias librerías; algunas más tolerantes que otras. Recuerdo que esa carta sobre los «pasos pertinentes» me pareció cómica, digna de ser guardada. Quizá les escribí diciéndoles cuánto me aterraba pensar en esos pasos que se acercaban cada vez más y más a mí. O quizá no les escribí, aunque lo pensé. Parece que al final les pagué, porque en mi carpeta está el recibo por cinco libras y media. Siempre quise tener libros y casi todas mis deudas eran por libros. Tenía uno muy raro que entregué en una librería para cancelar parte de lo que les adeudaba. No era bibliófila, ni mucho menos: los libros raros no me interesaban por la rareza sino por el contenido. Con frecuencia pedía libros en la biblioteca pública, pero también entraba en una librería y en mi anhelo de poseer, por ejemplo, los *Poemas completos* de Arthur Hugh Clough o las obras de Chaucer, entablaba conversación con el empleado y terminaba con una deuda.

«¡Querida Fleur, creo que te he encontrado un trabajo!».

Escribí a la dirección en Northumberland enumerando mis aptitudes como secretaria. Una semana después cogí el autobús para acudir a una entrevista en el hotel Berkeley con mi futuro empleador. Eran las seis de la tarde. Había previsto la intensidad del tráfico a esa hora, así que llegué temprano. Él había llegado más temprano, y cuando me dirigí al mostrador a preguntar si estaba, se levantó de un sillón y se acercó.

Era delgado y más bien alto, con el pelo blanco y una cara enjuta de pómulos salientes y sonrosados, aunque el resto de la cara era pálida. Su hombro derecho daba la impresión de adelantarse más que el izquierdo, como si constantemente hiciera el gesto de estrechar la mano, así que toda

su persona tenía un aspecto algo torcido. Tenía un aire que parecía decir: «Soy distinguido. Me llamo sir Quentin Oliver».

Nos sentamos y bebimos jerez seco.

—Fleur Talbot —dijo—. ¿Es usted medio francesa?

—No. Simplemente a mi madre le gustaba el nombre de Fleur.

—Qué interesante... Bueno, ahora sí, permítame que le explique en qué consiste el trabajo.

El sueldo que me ofreció seguía congelado en 1936, aunque estábamos en 1949. Logré que elevara algo la suma y acepté el empleo porque prometía una experiencia totalmente nueva para mí.

—Fleur Talbot... —dijo, sentado en el Berkeley—. ¿Algún parentesco con los Talbot de Talbot Grange? El honorable Martin Talbot, ¿sabe a quién me refiero?

—No.

—No es su pariente. Claro que además están los Talbot de las Refinerías de Findlay, los del azúcar. Ella es muy amiga mía. Hermosa mujer. Demasiado para él, si le interesa saber mi opinión.

El apartamento londinense de sir Quentin Oliver estaba en Hallam Street, cerca de Portland Place. Yo iba a trabajar allí desde las nueve de la mañana hasta las cinco y media de la tarde; para llegar, pasaba frente al edificio de la BBC, donde siempre soñé conseguir un empleo, aunque nunca lo logré.

En Hallam Street me abría la puerta la señora Tims, el ama de llaves. La primera mañana, sir Quentin me la presentó como «Beryl, la señora de Tims», lo que ella, con acento aristocrático, corrigió como «la señora Beryl Tims». Mientras yo esperaba aún con el abrigo puesto, ellos discutieron sobre ese punto; él, con mucha amabilidad, sostuvo que antes de su divorcio ella había sido la señora de Thomas Tims pero que ahora, para ser precisos, era Beryl, la señora de Tims, y que de ninguna manera los usos sociales permitían que se la llamara «señora Beryl Tims», como si fuera viuda. Entonces la señora Tims le dijo que traería su carnet de seguro social, su cartilla de racionamiento y su documento de identidad para demostrar que

su nombre era señora Beryl Tims. Sir Quentin sostuvo que los empleados de los ministerios que confeccionaban los documentos estaban mal informados. Añadió que más tarde le mostraría en uno de sus libros qué pensaba sobre los usos correctos del nombre propio. Dicho esto, se dirigió a mí.

—Espero que usted no sea discutidora —dijo—. La mujer discutidora es como un techo con goteras. Lo dicen en las Sagradas Escrituras, en los Proverbios, o en el Eclesiastés, no me acuerdo. Espero que usted no hable demasiado.

—Hablo muy poco —contesté, y era verdad, pero en cambio escuchaba mucho, porque mi novela, la primera, estaba en estado larvario.

Me quité el abrigo y se lo pasé con gesto algo altanero a la refinada señora Tims, que me lo arrebató, o casi, y se marchó taconeando por el suelo de parquet. Al alejarse miraba con desprecio mi abrigo, fabricado con una de esas telas ordinarias al final de la guerra. Entonces se aplicaba el calificativo «utilitario» a las prendas que usaba el pueblo llano, reconocibles por la etiqueta con un estampado de medias lunas superpuestas. Entre los ricos, que podían permitirse gastar cupones para ropa en artículos sin ese rótulo en comercios como Dorville, Jacqmar o los de Savile Row, había muchos que insistían en usar los «utilitarios» con el consabido «están muy bien hechos». Siempre estaba atenta para captar este tipo de expresiones.

Pero «está muy bien hecho» no era lo que Beryl Tims pensaba de mi abrigo. Seguí a sir Quentin a la biblioteca.

—Ven a mi tela, le dijo la araña a la mosca —dijo sir Quentin, y yo recibí su ingenio con la sonrisa afectada que consideraba parte de mi trabajo.

Durante la entrevista en el Berkeley, me había dicho que el trabajo era «... de tipo literario».

—Somos un grupo. Un grupo, debo decir, distinguido. Su función será sumamente interesante, aunque, desde luego, dependerán de usted la eficiencia y la mecanografía. Detesto la palabra «tipeo», tan anglosajona... Por otra parte, el armario de los papeles está muy desorganizado en este

momento: es necesario ordenarlo. Su trabajo estará perfectamente especificado, señorita Talbot.

Hacia el final de la entrevista yo le había preguntado si se me pagaría algo al terminar la primera semana de trabajo, ya que no podría mantenerme durante un mes entero. Él, algo ofendido, adoptó una actitud distante. Quizá sospechara que quería trabajar una semana como prueba. Cosa que en parte era verdad, pero también era verdad que necesitaba cobrar pronto. Él dijo: «Claro, desde luego, si se encuentra en una situación *adversa*», en el mismo tono con que podría haberse referido a un caso de indisposición en alta mar. Mientras tanto, yo me preguntaba por qué había organizado la entrevista en un hotel de Londres en lugar de en la casa donde iba a trabajar.

Una vez allí, sir Quentin mismo respondió a mi interrogante.

—No invito a todo el mundo a mi casa, señorita Talbot.

En tono afable respondí que comprendía su actitud, que todos hacíamos lo mismo, y le eché una mirada al cuarto. No veía bien los libros porque estaban en vitrinas. Pero sir Quentin no se quedó satisfecho con lo de las actitudes comunes a todos porque eso nos colocaba en una posición de igualdad. De inmediato me aclaró que yo no lo había comprendido.

—Lo que quiero decir —manifestó— es que aquí se reúne un círculo muy especial con un objetivo sumamente delicado. El trabajo es absolutamente confidencial. Quiero que lo recuerde. Y, señorita Talbot, he entrevistado a seis señoritas y la he elegido a usted. También quiero que recuerde eso.

Para cuando acabó de decirlo ya estaba instalado detrás de su espléndido escritorio, arrellanado en el asiento, con los ojos entrecerrados, las manos levantadas a la altura del pecho, y las yemas de los dedos unidas. Yo me había sentado en el lado opuesto del escritorio.

—Ahí —dijo señalando un gran mueble antiguo— hay secretos.

No me alarmé porque, aunque estaba claro que era bastante raro y para entonces yo ya sospechaba que andaba en algo sucio, nada en su voz o en su actitud hacía que pudiera considerarlo una amenaza hacia mi persona. De todas formas estaba alerta, más aún, estaba entusiasmada. En esa época, la novela que estaba escribiendo, mi primera obra, *Warrender Chase*, me llenaba la vida. Durante todo el período en que trabajé en esa novela me

resultó extraordinario cómo, desde el primer capítulo, los personajes y las situaciones, las imágenes y los giros que más necesitaba aparecían simplemente, como de la nada, y llegaban al plano de mi percepción. No era que los reprodujera en términos fotográficos y literales. Ni por un instante se me ocurrió presentar a sir Quentin tal como era. Lo que me hacía tan feliz era el regalo que me ofrecían esas yemas de los dedos que se tocaban, esas palabras cobijadas como en un nido cuando dijo, señalando el mueble: «Ahí hay secretos», y también la idea palpitante de cuánto deseaba impresionarme, cuánto deseaba creer en sí mismo. Podría haber renunciado a mi empleo en aquel momento, para no volver a ver ni oír nada de sir Quentin, pero llevándome esas dos cosas y algo más. Me sentía como el armario de nogal hacia el cual agitaba una mano. «Ahí hay secretos», me decía mentalmente. Y al mismo tiempo, le prestaba atención a sir Quentin.

Con el paso de los años llegué a acostumbrarme al proceso de la captura artística en el curso normal del día, pero por entonces era algo enteramente nuevo para mí. La señora Tims me había despertado sensaciones igual de intensas. Mujer terrible. Pero, para mí, terrible de un modo hermoso. Debo señalar que en septiembre de 1949 no tenía la menor idea de si *Warrender Chase* me saldría bien. Pero tanto si fuera capaz de terminar el libro como si no, el entusiasmo era el mismo.

Luego, sir Quentin me explicó en qué consistía el trabajo. La señora Tims entró con el correo.

No obstante, sir Quentin la ignoró y añadió:

—No me ocupo del correo hasta después del desayuno. Me altera demasiado.

Conviene recordar que en aquella época el correo llegaba a las ocho de la mañana; los que no salían a trabajar leían sus cartas tomando el desayuno, mientras que quienes trabajaban las leían en el autobús. «Me altera demasiado». Entretanto, la señora Tims se acercó a la ventana y dijo:

—Se han muerto.

Se refería a las rosas de un florero cuyos pétalos habían caído sobre la mesa. Juntó los pétalos, los metió dentro del florero y se lo llevó. Mientras lo hacía me miró y me sorprendió estudiándola. Como en una especie de ensimismamiento, seguí contemplando fijamente el lugar donde ella había

estado. Quizás así conseguí engañarla, dándole a entender que no había estado observándola a ella de forma deliberada sino mirando el punto donde ella estaba parada, mientras yo pensaba en otra cosa. Quizá no la engañé. Nunca se sabe. La señora Tims siguió rezongando por las rosas marchitas hasta que salió del cuarto. Cada vez me recordaba más a la mujer de un hombre que conocía. La señora Tims incluso caminaba como ella.

Volví a concentrar mi atención en sir Quentin, que esperaba ver desaparecer a su ama de llaves con los ojos entrecerrados y en una actitud casi como de plegaria: los codos sobre los apoyabrazos del sillón, con las yemas de los dedos tocándose.

—La naturaleza humana —dijo— es algo extraordinario. Me parece verdaderamente extraordinaria. Usted debe de conocer el viejo refrán que dice: «La realidad supera a la ficción», ¿no?

Dije que sí.

Era un día seco y soleado de septiembre de 1949. Recuerdo haber mirado por la ventana, por la que se filtraba a ratos el sol a través de las cortinas de muselina. Tengo buena memoria auditiva. Cuando recuerdo ciertos encuentros del pasado o me los recuerdan algunas cartas viejas, en un torrente vuelven a mí, primero las imágenes auditivas y luego las visuales. Así recuerdo la manera de hablar de sir Quentin, en términos precisos, sus palabras y su tono cuando me dijo:

—¿Le interesa lo que le digo, señorita Talbot?

—Sí, sí. La realidad supera a la ficción.

Me había parecido que tenía los ojos demasiado cerrados para advertir que yo había vuelto la cabeza hacia la ventana. Yo había desviado la mirada para poder registrar en mi interior ciertos pensamientos instintivos.

—Tengo unos cuantos amigos —dijo, y esperó a que la afirmación hiciera su efecto. Consciente de mi deber, presté atención a lo que decía—. Amigos muy importantes. Formamos una asociación. ¿Sabe algo sobre las leyes británicas referidas a las calumnias? Mi querida señorita Talbot, son leyes muy restrictivas y muy severas. Por ejemplo, uno no puede poner en tela de juicio el honor de una dama; algo que nadie querría hacer si en realidad se trata de una dama, y en cuanto a decir la verdad sin rodeos con referencia a la propia vida cuando, como es lógico, están implicadas otras

personas que aún viven... es bastante imposible. ¿Sabe lo que hicimos nosotros, quienes vivimos vidas extraordinarias, lo que se dice extraordinarias? ¿Sabe lo que hicimos con el fin de dejar los hechos registrados para la posteridad?

Dije que no lo sabía.

—Organizamos una Asociación Autobiográfica. Todos comenzamos a escribir nuestras memorias: la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Y pensamos guardar estas memorias durante setenta años en un lugar seguro hasta que todas las personas mencionadas en ellas hayan muerto.

Sir Quentin señaló el precioso mueble, apenas iluminado ya por el sol que se filtraba a través de las cortinas. En ese momento deseé estar caminando por el parque, rumiando en mi mente el carácter de sir Quentin aun antes de saber nada más sobre él.

—Esa clase de documentos deberían estar guardados en la caja fuerte de un banco —opiné.

—Sí —dijo sir Quentin con aire aburrido—. Tiene mucha razón. Posiblemente sea el destino definitivo de nuestras reminiscencias biográficas. Pero no miremos tan lejos. Tengo que decirle que la mayoría de mis amigos están poco acostumbrados a la creación literaria. Yo, que tengo una inclinación natural en ese sentido, asumí la dirección de la empresa. Por otra parte, son gente muy destacada, con vidas exitosas, sumamente exitosas. De un modo u otro... esta época de cambio y posguerra... No se puede esperar... Bien, la cuestión es que ayudo a esta gente en la redacción de sus memorias, algo que ellos no tienen tiempo de hacer. Celebramos reuniones amistosas, encuentros, veladas y demás. Cuando estemos mejor organizados, nos reuniremos en mi propiedad de Northumberland.

Estas fueron las palabras de sir Quentin y yo disfruté al oírlas. Pensé en ellas cuando atravesaba el parque de vuelta a casa. Ya eran parte de mis propias memorias.

Al principio pensé que sir Quentin debía hacer una fortuna con este asunto de las memorias. La Asociación, como la llamaba, constaba de diez

miembros. Me dio una abultada lista con los nombres y los datos biográficos correspondientes, seleccionados de tal modo que, en realidad, me revelaban mucho más acerca de sir Quentin que de las personas a las que allí se describía. Recuerdo con toda claridad mi intriga y mi regocijo al leer lo siguiente:

General de División sir George C. Beverley, Oficial del Imperio Británico, Orden del Mérito por Servicio Distinguido, ex miembro del selecto regimiento de los «Azules» y en la actualidad exitoso hombre de negocios, sumamente exitoso, en la City y en Europa continental. Sir George es primo de esa cautivante, infinitamente cautivante anfitriona, lady Bernice «Bucks». Gilbert, viuda del ex encargado de negocios en San Salvador, sir Alfred Gilbert, Caballero de la Orden de San Miguel y San Jorge, Oficial del Imperio Británico (1919), cuyo retrato, pintado por el famoso, ilustre retratista sir Ames Baldwin, Oficial del Imperio Británico, cuelga en el magnífico Comedor Norte de Landers Place, Bedfordshire, una de las propiedades ancestrales de la madre de sir Alfred, la incomparable y ahora difunta comtesse Marie Louise Torri-Gil, amiga de Su Majestad el rey Zog de Albania y de la señora Wilks, quien hizo su presentación en sociedad en San Petersburgo, amiga de sir Quentin, el que escribe, además de hija de un capitán de Caballería en la corte del último zar antes de contraer matrimonio con un Oficial Británico, el teniente Wilks.

Yo veía esto casi como un poema y de inmediato imaginé a sir Quentin, que me llevaba al menos treinta y cinco años, tal como era: un niño solemne que construye, con aire absorto, un castillo de madera con sus fosos y sus torres. Y luego pensé en esa obra de arte, la presentación del general de División sir George C. Beverley con todos sus etcéteras, bajo el aspecto de una diminuta partícula de cristal, por ejemplo de azufre, ampliada sesenta veces y fotografiada en colores hasta adquirir el aspecto de una complicada mariposa o de una exótica flor marina. A partir de este primer ítem de la nómina de sir Quentin pensé en innumerables analogías artísticas para sus actividades y comprendí, también en un instante, cuánto fervor religioso había puesto en la obra.

—Debería estudiar la lista —dijo sir Quentin.

Sonó el teléfono y la puerta del estudio se abrió de par en par, ambos a la vez. Sir Quentin levantó el auricular y dijo «Hola», al mismo tiempo que miraba la puerta con preocupación. Entró trastabillando una mujer alta, delgada y viejísima, de aspecto deslumbrante, dado principalmente por la larga sarta de perlas sobre el vestido negro y por el pelo plateado reluciente.

Tenía los ojos muy hundidos en las órbitas y una expresión alucinada. Mientras tanto, sir Quentin hablaba por teléfono muy animado:

—Ah, Clotilde querida, qué placer... Un momento, Clotilde, me interrumpen...

La vieja avanzaba, el rostro agrietado de maquillaje, la boca sonriente, un tajo escarlata.

—¿Quién es esta joven? —preguntó, refiriéndose a mí.

Sir Quentin había tapado el teléfono con una mano.

—Por favor —dijo con un susurro lleno de angustia mientras agitaba la otra mano—, estoy hablando por teléfono con la baronesa Clotilde du Loiret.

La vieja lanzó un chillido. Me pareció que reía, pero era difícil asegurarlo.

—Sé quién es. Crees que estoy gagá, ¿no? —dijo. Luego se volvió hacia mí y comentó—: Cree que estoy gagá. —Tenía las uñas tan largas que se curvaban como garras sobre la punta de los dedos. Las llevaba pintadas de rojo oscuro—. No estoy gagá —declaró.

—¡Mamá! —exclamó sir Quentin.

—¡Es tan esnob! —gritó su madre.

En aquel momento apareció Beryl Tims y forzó con gran firmeza la salida de la anciana, que, al retirarse, me dirigió una mirada furiosa. Sir Quentin reanudó su conversación telefónica, con abundantes disculpas.

Su esnobismo era inmenso, y sin embargo, en cierto sentido, era demasiado democrático para mi gusto. Él creía que el talento, aunque la naturaleza no lo distribuya equitativamente, más tarde puede ser conferido mediante un título, o adquirido por legado testamentario. En cuanto a las memorias, era posible que las escribiese o las inventara un escritor fantasma. Sospecho que de verdad creía que el valor de la taza de porcelana de Wedgwood en la que bebía el té en pequeños sorbos derivaba de que el sistema social había reconocido a la familia Wedgwood, y no de la calidad de esa porcelana que la familia se había esforzado por producir.

Al terminar la primera semana, ya estaba al tanto de todos los secretos del mueble del estudio de sir Quentin. Allí había diez manuscritos incompletos, creación de los miembros de la Asociación Autobiográfica.

—Cuando terminemos —dijo sir Quentin—, estos manuscritos resultarán muy valiosos para el historiador del futuro, aparte de que provocarán un escándalo. Creo que a usted no le costará mucho rectificar cualquier falta o incorrección en cuanto a forma, sintaxis, estilo, caracterización, imaginación, localismos, descripción, diálogo, construcción y otros aspectos menores. Deberá pasar a máquina estos manuscritos de forma absolutamente confidencial y, si cumple la tarea de manera completamente satisfactoria, más adelante se le permitirá estar presente en algunas de nuestras sesiones y tomar notas.

La anciana madre de sir Quentin entraba y salía cada vez que lograba escapar a la vigilancia de Beryl Tims. Me gustaban sus interrupciones cuando llegaba sacudiendo sus garras rojas y graznando que sir Quentin era un esnob.

Al principio sospechaba que el mismo sir Quentin era un impostor en lo que respectaba a su posición social. Sin embargo, más tarde descubrí que era todo lo que afirmaba ser, tras haberse educado en Eton y luego en Trinity College, Cambridge. Era miembro de tres clubes de los cuales solo recuerdo dos, el White's y el Bath y, además, tenía un título nobiliario y su divertida madre era hija de un conde. Yo tenía razón, aunque solo en parte, cuando trataba de explicar su esnobismo pensando que había decidido convertir el conocimiento de los hechos en una profesión rentable. Y la verdad es que durante la primera semana se me pasó por la cabeza la idea de lo fácil que podría ser usar toda esa información para dedicarse al chantaje. Mucho más tarde comprobé que eso era, ni más ni menos, lo que estaba haciendo, aunque lo que le interesaba no era el dinero.

Al volver a casa en los atardeceres dorados de aquel hermoso otoño, acostumbraba a caminar hasta Oxford Street, allí cogía un autobús hasta la esquina de los oradores en Hyde Park y luego atravesaba el parque para ir a Queen's Gate. Me fascinaba lo insólito de mi empleo. No tomaba notas,

pero por la noche trabajaba casi siempre en mi novela y las ideas acumuladas durante el día se reorganizaban para dar forma a los dos personajes femeninos que había creado en *Warrender Chase*, Charlotte y Prudence. No podría decirse que Charlotte estuviera totalmente basada en Beryl Tims. Y tampoco era mi viejísima Prudence el retrato fiel de la madre de Quentin. El proceso de crear mis personajes era instintivo, era la suma de mi experiencia total de los demás y mi propio potencial. Desde entonces siempre me ocurre lo mismo. A veces no llego a conocer a un personaje de una de mis novelas hasta pasado algún tiempo de su escritura y publicación. En cuanto a *Warrender Chase*, lo tenía delineado y fijado mucho antes de haber conocido a sir Quentin.

Ahora que llego a esta parte de mi autobiografía, recuerdo con claridad, de la época en que estaba escribiendo *Warrender Chase* sin tener mayores esperanzas de publicarla pero sí la compulsión de escribirla, mi vuelta a casa una tarde mientras reflexionaba sobre la novela y sobre Beryl Tims como tipo social. Me detuve en medio del sendero. La gente pasaba junto a mí en ambas direcciones; como yo, volvía a casa después del trabajo. En ese instante, lo que había estado pensando sobre la tipología de la señora Tims se me borró por completo de la mente. La gente se adelantaba mientras yo me quedaba inmóvil. Jóvenes con trajes oscuros y chicas con sombrero y abrigos de corte sastre. La idea se me presentó clara: «¡Qué maravillosa sensación la de ser una artista y una mujer del siglo xx!». Ser mujer y vivir en el siglo xx eran dos hechos obvios. Ser una artista era una convicción tan honda que nunca se me ocurrió dudar de ella, ni entonces ni ahora. Aquel día de septiembre de 1949, de pie en el sendero de Hyde Park, sentí que convergían en mí, de forma milagrosa, tres hechos y no dos. Seguí mi camino, llena de felicidad.

Pensaba mucho en Beryl Tims. Ella era el tipo de mujer que yo identificaba como la Rosa Inglesa. En realidad, las mujeres como ella no me parecían en absoluto una Rosa Inglesa pero yo sentía que ellas se veían a sí mismas como Rosas Inglesas. Era un tipo de mujer que me desagradaba pero a la vez me fascinaba, tan grandes eran mi imaginación y mi necesidad de conocerlo todo. Su risita afectada cuando estábamos solas, y su codicia, eran alimento para mi vigilia poética, hasta tal punto que yo le dirigía las

mismas risitas afectadas para estimularla. Creo que hasta ejercitaba mi propia codicia por sus reacciones, provocándolas. Una vez elogió mi broche, el mejor de los que yo tenía, una miniatura de forma ovalada pintada sobre marfil, engarzada en una aleación de cobre. Era del siglo XVIII y representaba a una chica con el pelo suelto y desarreglado. Beryl Tims admiró el broche prendido en la solapa de un traje de dos piezas, típico de la época. Mientras tomaba mi café de la mañana sentada en la cocina, odié a Beryl Tims, que no paraba de decir tonterías y me dirigía risitas y hacía comentarios sobre mi broche. Tanto la odié que me lo quité y se lo di, en realidad para absolverme por mi propio odio. Su respuesta, el brillo de sus ojos, la exclamación que brotó de su gran boca de labios gruesos fueron mi recompensa.

—¿En serio me lo regala? —exclamó.

—Claro que sí.

—¿No le gusta?

—Sí que me gusta.

—Entonces ¿por qué lo regala? —preguntó con la suspicacia desagradable de alguien que probablemente siempre había sido maltratada. Se colocó el broche en el vestido. Se me ocurrió que quizá fuese el señor Tims el que la había maltratado.

—Se lo doy, se lo regalo con mucho gusto —dije, y era sincera. Tomé mi taza vacía y la enjuagué en el fregadero. Beryl Tims hizo lo mismo con la suya.

—Siempre mancho con pintalabios el borde de la taza —comentó—. A los hombres no les gusta ver pintalabios en el borde de la taza o del vaso, ¿no es verdad? Sin embargo, les gusta que nos pintemos los labios. A mí siempre me admiraron por el tono de mi pintalabios. Se llama Rosa Inglesa.

Realmente se parecía a la horrible esposa de mi amante. Después dijo:

—A los hombres les gusta ver alguna pequeña joya en una mujer.

Cuando estábamos solas, siempre tocaba el tema de lo que les gustaba a los hombres. En mi segunda semana de trabajo, me preguntó si pensaba casarme.

—No. Escribo poesía. Quiero escribir. El matrimonio sería un obstáculo.

Lo dije con naturalidad y sin premeditación, pero tal vez sonó soberbio, porque ella me miró con aire escandalizado y dijo:

—Pero sin duda podría casarse y tener hijos y escribir poemas mientras ellos duermen.

Sonreí al oírla. Yo no era guapa, pero sabía que mi sonrisa me transformaba el rostro y que por uno u otro motivo había logrado que Beryl Tims se pusiera furiosa.

Esa expresión escandalizada me recordó mucho a la que me dirigió un día Dottie, la esposa de mi amante. Debo decir que Dottie tenía más educación que Beryl Tims, pero la expresión era idéntica. Acababa de reprocharme mi relación amorosa con su marido, cosa que me pareció de mal gusto.

—Sí, lo quiero, Dottie —repliqué—. Lo quiero a veces, cuando no me impide escribir poesía y lo demás. De hecho acabo de comenzar una novela que exige mucha concentración poética, ya que, como ves, todo lo concibo desde un punto de vista poético. Por eso es posible que mi relación con Leslie sea más bien de «no» que de «sí».

Dottie se sintió aliviada al saber que no corría el riesgo de perder a su hombre, pero al mismo tiempo se horrorizó ante lo que calificó como «actitud antinatural», que para mí era totalmente natural.

—Tu cabeza manda sobre tu corazón —dijo horrorizada.

Le dije que era una manera tonta de expresar las cosas. Era verdad, y ella lo sabía, pero en momentos de crisis Dottie siempre caía en lo banal. Era una moralista y me acusó de soberbia espiritual.

—El orgullo precede a la caída —dijo.

Sí, yo tenía orgullo: era mi vocación. No podía actuar de otra manera, y en mi experiencia nunca he visto que el orgullo necesariamente preceda a una caída. Dottie era una mujer de gran tamaño, con un rostro juvenil y dulce, pechos y caderas abundantes, tobillos gruesos. Era católica, muy aficionada al culto de la Virgen María, sobre cuyos favores solía engañarse bastante, traicionando a menudo su inteligencia bastante aceptable al hablar de forma meliflua sobre Nuestra Señora.

A pesar de eso, una vez que Dottie dijo lo que quería decir, se quedó callada. En su cuarto de baño vi un frasco de perfume llamado Rosa

Inglesa, cosa que me repugnó y al mismo tiempo me reconfortó por confirmar el personaje que ya se perfilaba en mi mente. Durante mi vida he aprendido mucho de Dottie cuando me enseña preceptos que yo provechosamente rechazo. Ella, en cambio, no ha aprendido nada útil de mí.

Pero Beryl Tims era la más Rosa Inglesa de las dos y, por lo tanto, la más desagradable. Además, en aquel momento la frecuentaba bastante más que a Dottie. Pero no la vi en plena acción hasta varias semanas más tarde, durante una reunión informal de la Asociación Autobiográfica, cuyas memorias yo había estado copiando a máquina y redactando en una lengua inteligible. Hasta entonces había visto cómo Beryl le hablaba a sir Quentin con un tono provocativo que nunca lo provocaba de la manera que ella deseaba. Beryl no era capaz de verlo, pero era tonta.

—A los hombres les gusta que una se les resista —me dijo—, pero a veces sir Quentin me interpreta mal. Y tengo que vigilar a su madre, ¿no?

Ella peleaba con sir Quentin. Era evidente que pretendía excitarlo sexualmente, pero sin éxito. Solo un rango elevado o los títulos de nobleza eran capaces de provocar estremecimientos orgiásticos en la cara y el cuerpo de sir Quentin. Pero mantenía a Beryl Tims esperanzada. Además, yo había estudiado cuidadosamente cómo era Beryl Tims con la viejísima lady Edwina, la madre de sir Quentin. Beryl era su carcelera y su dama de compañía.

2

A pesar de que ninguna había avanzado más allá del primer capítulo, las memorias escritas por los miembros de la Asociación Autobiográfica ya tenían una serie de elementos en común. Uno de ellos era la nostalgia; otro, la paranoia; el tercero, el ansia de los autores por aparecer como figuras agradables. Creo que vivían su vida regidos por el principio de que lo que eran, hacían y deseaban tenía que, por encima de todo, parecer bonito. Pasar a máquina y dar sentido a estas composiciones era un suplicio para mi espíritu, hasta que descubrí el método para empeorarlas de manera experta. Todos los involucrados estuvieron encantados con el resultado.

El viernes 4 de octubre, cinco semanas después de haber comenzado a trabajar, se convocó una reunión de la Asociación para las tres de la tarde. Hasta el momento no había conocido a ninguno de los miembros, porque la última reunión mensual había tenido lugar un sábado.

Aquella mañana, Beryl Tims montó una escena cuando sir Quentin le dijo:

—Señora Tims, quiero que esta tarde mantenga a mamá bajo control.

—Bajo control —repitió Beryl—. Me gusta que lo diga. ¿Cómo puedo mantener a la señora bajo control y servir el té al mismo tiempo? ¿Cómo puedo impedir sus precipitaciones?

Yo le había enseñado la frase a Beryl, para divertirme un poco, un día en que la oí quejarse porque la anciana había hecho pis en el suelo. No estaba del todo convencida de que fuera a utilizarla.

—Tendría que estar en una residencia —le dijo Beryl a sir Quentin—. Necesita una enfermera particular —repetía siempre con tono quejumbroso.

Sir Quentin pareció preocupado pero también impresionado.

—Precipitaciones —repitió, con los ojos abstraídos en la pared, como si saborease un vino que le era desconocido, pero estaba más que dispuesto a aprobar.

A esas alturas yo tenía ya cierto afecto por lady Edwina, creo que en parte porque yo le caía muy bien. Pero también porque me divertían sus apariciones dramáticas y sus comentarios inesperados. Yo sabía que estaba mucho menos confusa mentalmente de lo que aparentaba en presencia de su hijo o de Beryl, porque a veces, cuando estábamos las dos solas en la casa, hablaba durante mucho rato con un tono de voz natural. Y por alguna razón, en esas ocasiones solía dirigirse con paso inseguro al cuarto de baño y llegaba a tiempo. Decidí que su incontinencia y su conducta irracional delante de sir Quentin y de Beryl se debían al temor, o al odio que sentía hacia ellos, y que, además, ambos la ponían nerviosa.

—No puedo ocuparme de su madre esta tarde —dijo Beryl, abriendo sus labios de Rosa Inglesa, la mañana del día de la reunión.

—Qué lástima —dijo sir Quentin—. Qué lástima.

Para sumarse a la confusión, en aquel momento llegó la misma lady Edwina, tambaleándose.

—Creen que estoy gagá, ¿eh? Fleur, querida, ¿tú crees que estoy gagá?

—Claro que no —dije.

—Quieren hacerme callar, pero no van a conseguirlo.

—¡Mamá! —exclamó sir Quentin.

—Quieren darme somníferos para mantenerme callada esta tarde. Qué gracioso. Porque no pienso tomar ninguna pastilla. Esta casa es mía, ¿no? Y puedo hacer lo que quiera en mi propia casa, ¿no? Puedo recibir o no, según se me antoje, ¿no?

Yo suponía que la anciana era rica. Un día me había contado algo que su hijo quería que hiciera para evitar el impuesto sucesorio: que le entregase todos sus bienes, aunque ella decía que de todos modos no tenía muchos y que de ninguna manera iba a aceptar ser una reina Lear... Yo no intervine mucho en esta conversación, porque preferí conjeturar sobre un tema muy lúcido e interesante: el posible carácter y los rasgos de la difunta reina Lear. En realidad, a lady Edwina no le pasaba nada, salvo que su hijo y Beryl Tims la deprimían. En cuanto a su aspecto extravagante, me gustaba. Me

gustaba ver esa mano temblorosa y marchita con sus garras señalando con gesto acusador, me gustaban sus cuatro dientes verdosos entre los cuales silbaba y graznaba. Ella alegraba mis horas de trabajo con sus ojos de loca y sus vestidos de preguerra, de encaje negro o drapeados, de seda estampada adornada con lentejuelas relucientes. Al verla enfrentarse a la señora Tims y a sir Quentin invocando sus derechos, me hice alguna pregunta sobre toda esa historia. Seguramente la escena se repetía desde hacía años. Beryl Tims miraba deprimida la alfombra bajo los pies de lady Edwina, sin duda esperando una nueva precipitación. Quentin estaba sentado con la cabeza echada hacia atrás, los ojos cerrados y las manos unidas por las yemas de los dedos, en elegante actitud de plegaria.

—Lady Edwina —le dije—, puede descansar un poco esta tarde, y si tiene ganas después podría venir conmigo a cenar a casa.

Aceptó el soborno sin titubear. Todos lo aceptaron con una sucesión de sugerencias atropelladas: llévela en un taxi, quiero pagarlo, podemos pedir un taxi para las seis, no, no es necesario pedirlo, acepto encantada, querida señorita Talbot, qué idea excelente, qué idea original. El taxi las llevará... Podemos ir a buscarte, mamá, en un taxi. Mi querida señorita Talbot, cuánto se lo agradecemos. Bueno, mamá, después de la comida irás a descansar a tu cuarto.

Lady Edwina salió en tortuosa trayectoria para llamar por teléfono a su peluquera: conocía a una aprendiz que siempre respondía a su llamada para peinarla. Recuerdo que sir Quentin y Beryl Tims siguieron diciéndome lo agradecidos que estaban. En ningún momento se les ocurrió que realmente yo pudiese tener deseos de pasar la tarde con mi nueva devastada amiga, un ser que los molestaba a ellos, pero no a mí. Luego pensé en lo que tenía en casa para comer: huevas de arenque sobre tostadas y café instantáneo con leche, una cena perfecta para la edad de lady Edwina y para la mía. Las latas de huevas y de café formaban parte de una pequeña reserva de manjares preciosos que yo guardaba. En esa época, la comida estaba estrictamente racionada.

A las dos de la tarde se había retirado a descansar después de haber vuelto a decirme que pensaba ponerse el vestido gris torcaza con bata bordada, aunque solo fuese para hacer rabiar a la señora Tims, que le había

aconsejado una falda y un jersey viejos, más acordes con mi cuarto alquilado. Le dije que tenía mucha razón y que se abrigase bien.

—Tengo mi chinchilla —me dijo—. Tims tiene los ojos puestos en mi chinchilla, pero se la dejaré a los misioneros para que la vendan y ayuden con el dinero a los pobres. Eso hará reflexionar un poco a Tims el día que me muera, siempre que me sobreviva. Porque nunca se sabe.

Solo seis de los diez miembros convocados podían asistir.

Fue una tarde de actividad. En un rincón del estudio, yo escribía a máquina mientras iban llegando uno por uno los seis miembros.

Probablemente había esperado demasiado de ellos. Hacía años que preparaba mi novela *Warrender Chase* y me había acostumbrado a trazar primero una presencia imaginaria en mi mente, para añadirle después una historia. En el caso de los invitados de sir Quentin, las historias se habían presentado antes que los personajes físicos. A medida que entraban, intuía su angustia. No solo había leído los registros fabulosos de sir Quentin con el *Quién es Quién* de cada integrante, sino que además había leído el primer capítulo de sus patéticas memorias. A medida que iba retocándolas, había empezado a considerarlas ficciones más basadas en las invenciones originales de sir Quentin. Aquella tarde serena y soleada de octubre, esas personas, cuyas cualidades él había elaborado hasta hacerlas distinguidas aun en su máxima rareza, entraron en el estudio con evidente aprensión.

Sir Quentin se desplazaba por el cuarto con vivacidad: disponía los asientos, hacía chasquear la lengua y cuando se acordaba me presentaba a alguno de ellos.

—Sir Eric, mi nueva y, me alegro de añadir, eficiente secretaria, la señorita Talbot. No tiene relación, según parece, con la distinguida rama de la familia a la cual pertenece su querida esposa.

Sir Eric era un hombre menudo, tímido. Estrechó la mano de todos con aire furtivo. Supuse, con razón, que se trataba del sir Eric Findlay, caballero del Imperio Británico, comerciante en el ramo del azúcar, cuyas memorias, como las otras, no habían llegado más allá del primer capítulo: AÑOS DE INFANCIA. El personaje principal aquí era la niñera, Nanny. Yo había animado un poco el material haciendo que, en ausencia de los padres, Nanny y el mayordomo se balancearan juntos en el caballito de madera del

cuarto de los niños, mientras mantenían al pequeño Eric encerrado en la despensa para que limpiase la platería.

En esta etapa inicial, el método de sir Quentin consistía en enviar un juego de copias preliminares de los primeros capítulos a cada uno de los diez miembros. Así, los seis presentes y también los cuatro ausentes ya habían visto la copia a máquina, la propia y la de los otros. Al principio sir Quentin había considerado algo exagerados mis añadidos: «Querida señorita Talbot, ¿no le parecen un poquito demasiado, demasiado...?». Después de haberlo consultado con la almohada, quedó claro que encontraba ciertos méritos en mi contribución, por haber descubierto en ella algunas ventajas que podrían redundar en su propio beneficio. A la mañana siguiente me dijo:

—Bien, señorita Talbot, comprobemos el efecto que causan en ellos las versiones que ha preparado usted. Después de todo, vivimos en tiempos modernos.

Entonces adiviné que planeaba inducirme a que incluyera en esas memorias material aún más comprometedor, pero yo no pensaba añadir nada más que lo que alegrara un poco los aspectos aburridos del trabajo y lo que pudiese nutrir mi imaginación para *Warrender Chase*. Sus propósitos, entonces, eran muy diferentes de los míos, pero al mismo tiempo coincidían en cuanto a que él tenía planes inútiles sobre cómo podía utilizarme y yo trabajaba para él a gran ritmo: en aquellos tiempos no abundaban las fotocopiadoras.

Durante la reunión presté mucha atención a los seis miembros, sin llegar a estudiarlos directamente con la mirada. Siempre prefería lo que veía con el rabillo del ojo, por decirlo de algún modo. Además del menudo sir Eric Findlay, los presentes eran lady Bernice Gilbert, apodada «Bucks», la baronesa Clotilde du Loiret, una señora llamada Wilks, la señorita Maisie Young y un sacerdote que había colgado los hábitos, el padre Egbert Delaney, cuyas memorias insistían de forma obsesiva en que había dejado los hábitos por una pérdida de fe, no de moral.

Lady Bernice Gilbert apareció majestuosamente y al principio dominó al grupo.

—¡Bucks! —exclamó sir Quentin, abrazándola.

—Quentin —repuso ella con voz ronca.

Tenía unos cuarenta años y vestía las prendas nuevas que adquirirían en cantidad quienes tenían dinero para hacerlo, puesto que hacía pocos meses se había levantado el racionamiento de ropa. Bucks llevaba un conjunto de los llamados *new look*: sombrero de casquete con velo corto, abrigo con mangas acampanadas y larga falda acampanada, todo de color negro. Ocupó una silla cerca de mí. Su presencia física estaba intensamente perfumada. Era la última persona a la que yo hubiera asociado con ese primer capítulo. En contraste con las historias de los otros, la suya no era la de un semianalfabeto, o poco menos, en cuanto a su capacidad de construir oraciones correctas. Su historia comenzaba con ella misma, sola en una iglesia, a los veinte años.

Pero en ese momento me llamaron para saludar a la señorita Maisie Young, una chica alta y atractiva, de unos treinta años, que caminaba con un bastón porque tenía una de las piernas dentro de un aparato que parecía ser parte de su vida y no un elemento transitorio producto de un accidente. Me interesé por ella y me pregunté qué hacía en ese coro que parloteaba en forma incoherente. Más aún, me asombraba que tuviese relación con el capítulo de memorias que llevaba su nombre y que era un tratado ininteligible sobre el Cosmos y sobre cómo Ser es Devenir.

—¡Maisie, Maisie querida! ¿Te sientas aquí? ¿Estás cómoda? ¡Querida Clotilde! Queridísimo padre Egbert... ¿Están todos cómodos? Dame el abrigo. Señorita Talbot, sería tan amable, amabilísima, de tomar el abrigo de la baronesa Clotilde...

La baronesa Clotilde, cuya capa de armiño cogí y entregué fuera del despacho a la radiante señora Tims, había situado sus memorias en un encantador *château* francés cerca de Dijon donde las cosas se conjuraban siempre contra la baronesa de dieciocho años. Tuve un segundo para pensar y por un momento me intrigó que Clotilde, según su autobiografía, tuviese dieciocho años en 1936, cuando en 1949 estaba bien entrada en la cincuentena. Pasamos al padre Egbert, con su chaqueta de cuadros de príncipe de Gales y sus pantalones de franela. Su cara era como la de un muñeco de nieve, con piedrecitas negras por ojos, nariz y boca. Su autobiografía comenzaba así: «Tomo la pluma con cierta aprensión». Ahora

estaba estrechando la mano de la señora Wilks, una mujer gorda, de unos cincuenta y cinco años y expresión alegre, vestida de color lila, envuelta en varios chales ligeros como velos y muy pintada. Como se había criado en la corte del zar de Rusia, sus memorias tendrían que haber sido interesantes, pero solo había llegado a escribir un relato muy aburrido sobre la gran maldad de sus tres hermanas y sobre la incomodidad del palacio real, donde las cuatro niñas debían compartir habitación.

Todos los escritos, con la excepción del de Bernice Gilbert, eran como de gente más o menos analfabeta. Yo esperaba, oyéndolos charlar y soltar exclamaciones, saber qué opinaban de mis cambios.

En ese momento entró en el estudio la señora Tims con aire de estar cumpliendo una misión importante, y al pasar me informó que lady Edwina dormía apaciblemente.

Para mí fue una reunión extraordinaria. Los primeros veinte minutos se dedicaron a las presentaciones mutuas y a exclamaciones de todo género. El padre Egbert y sir Eric, que al parecer conocían a los cuatro miembros ausentes, estuvieron un rato hablando de ellos. Luego sir Quentin dijo:

—Señoras y señores, solicito su atención.

Todos dejaron de hablar, salvo Maisie Young, quien decidió terminar de decir lo que estaba contándome acerca del Universo. Delante de sí tenía extendida la pierna aprisionada por los hierros, lo que parecía darle una especie de derecho para conversar más tiempo que el resto. Su bolso tenía una correa larga de cuero flexible, y noté que la sostenía enrollada entre los dedos, como si fuese una rienda. No me sorprendió cuando más tarde me enteré de que la pierna paralizada de Maisie se debía a un accidente de equitación.

El resto de los presentes había callado, pero Maisie seguía hablando con aplomo y voz fuerte: «Existen ciertos fenómenos universales acerca de los cuales no nos corresponde indagar a nosotros los mortales». No reparé mucho en una proposición tan absurda, aunque las palabras aún resuenan en mi mente. Había dicho muchísimos disparates, casi todos en torno a la idea de que las autobiografías debían comenzar con las verdades definitivas del Más Allá, en lugar de perder el tiempo con descripciones de los hechos concretos de la vida. Aunque yo estaba totalmente en contra de las ideas de

Maisie, le estaba cogiendo cierta simpatía y en particular me gustó la forma en que siguió hablando en el cuarto que había sido llamado a silencio, insistiendo en que existían cosas en la vida sobre las que no había que preguntar al mismo tiempo que había iniciado su propia autobiografía con esas preguntas, ni más ni menos. En la naturaleza humana, las contradicciones son uno de los rasgos más constantes, y por eso yo consideraba que Maisie tenía un carácter bastante sólido. Como la historia de mi propia vida está en la misma medida constituida por los secretos de mi oficio y por otros hechos, es oportuno señalar aquí que para que un personaje suene auténtico debe ser en cierto modo contradictorio, debe mostrar alguna paradoja. Y yo había visto ya dónde fallaban los autorretratos de los diez testigos de sir Quentin, dónde sonaban rígidos y falsos: era en los puntos donde se esforzaban por mostrar una consistencia y una disciplina que obviamente deseaban poseer pero no poseían. Yo no había hecho más que incorporar mis pequeños remiendos inventados, pero más con el objeto de animar la cosa que de dar coherencia interna a cada personaje. Sir Quentin, siempre cortés con su clientela, esperaba sentado sonriente mientras Maisie ponía fin a su enfática arenga: «Existen ciertos fenómenos universales acerca de los cuales no nos corresponde indagar a nosotros los mortales...».

En ese momento Beryl Tims entró intempestivamente, movida por alguna misión práctica aunque innecesaria. Según parecía, por haber sido ignorada como mujer estaba empeñada en actuar como un hombre. Fue inevitable que atrajese la atención de todos con su taconeo y con sus golpes, relacionados con algo que ya no recuerdo.

Cuando se retiró, sir Quentin hizo un ademán de proseguir con sus palabras de introducción, pero tuvo que dejarlas de lado. Habló sir Eric Findlay. Era evidente que para hacerlo necesitaba juntar todo su valor.

—Quentin —dijo—, se han modificado mis memorias.

—Vaya —dijo sir Quentin—. Espero que se hayan beneficiado. Puedo disponer que se borre lo que resulte ofensivo.

—No he dicho que fuera «ofensivo» —dijo sir Eric, lanzando una mirada recelosa a su alrededor—. La verdad es que han hecho unos cambios muy interesantes. En realidad, me preguntaba cómo adivinaron que el

mayordomo me encerró en la despensa para que lustrase la platería, porque es lo que hizo. Sí, me encerró. Pero que Nanny, mi niñera, se meciera en el caballito... No, Nanny era una mujer muy religiosa. En mi caballo de madera, y con el mayordomo... No sé... No es el tipo de cosa que ella habría hecho.

—¿Estás seguro? —preguntó sir Quentin, señalándolo con el dedo en un gesto malicioso—. ¿Cómo puedes estar seguro, si estabas encerrado en la despensa? En tus memorias, tal como las hemos revisado, te enteraste de su travesura por un criado. Pero si en la realidad...

—Mi caballito-balancín no era muy grande —insistió sir Eric Findlay, caballero del Imperio Británico— y Nanny, aunque no era gordita, no hubiera cabido sobre él con el mayordomo, que aunque tampoco era gordo, era bastante robusto.

—Si me permite una opinión —dijo la señora Wilks—, hallé muy entretenida la composición de sir Eric. Sería una lástima sacrificar a la niñera mala y al mayordomo canalla privándolos de mecerse en el caballito de sir Eric, y me agrada en particular el realismo crudo de ese olor a brillantina en el pelo del criado cuando se inclina para contarle a sir Eric *qué era* lo que acababa de descubrir. Explica tanto acerca del Eric *que es*... La psicología es algo maravilloso. De hecho, lo es todo.

—En realidad, mi niñera no era mala —murmuró sir Eric—. La verdad es que...

—Era absolutamente malvada —declaró la señora Wilks.

—Estoy de acuerdo —dijo sir Quentin—. Es evidente que era una mujer siniestra.

Lady Bernice «Bucks». Gilbert dijo con su voz ronca:

—Sugiero que dejes las memorias tal como las ha redactado Quentin, Eric. Hay que ser objetivos con estas cosas. Creo que son muy superiores al primer capítulo de las mías.

—Lo consultaré con la almohada —murmuró sir Eric.

—¿Y tus memorias, Bucks? —dijo sir Quentin, con ansiedad—. ¿No te gustan hasta ahora?

—Me gustan y no me gustan, Quentin. Les falta algo.

—Podemos remediar eso, querida Bucks. ¿Qué les falta?

—Les falta un *je ne sais quoi*, Quentin.

—Sin embargo, te diré, Bucks —intervino la baronesa Clotilde du Loiret—, que encontré tu escrito muy fiel a ti. Cómo expresarlo... la atmósfera en cuanto se levanta el telón... Se levanta el telón y apareces en la iglesia vacía. En la iglesia vacía con su perfume a incienso y tú rezándole a la Virgen en tu hora de necesidad. Te juro que me transportó, Bucks. En serio. Y entonces entra el padre Delaney y posa una mano sobre tu hombro y...

—Yo no estaba allí. No fui yo. —Ahora hablaba el padre Delaney—. Aquí hay un error que debe ser rectificado. —Miró primero a sir Quentin y luego fijó en mí sus ojos redondos como piedrecitas. Tenía las manos regordetas entrelazadas. Volvió a mirar a sir Quentin y le dijo—: En honor a la verdad debo decir que no soy el padre Delaney descrito en la primera escena de lady Bernice. Lo cierto es que en la época a la que ella se refiere yo era seminarista en el Beda de Roma.

—Querido padre —dijo sir Quentin—, no es necesario que seamos tan literales. Existe algo que se llama la licencia artística. A pesar de eso, si se niega a que lo mencionen...

—Tomé mi pluma con cierta aprensión —declaró el padre Delaney y luego miró con horror a las mujeres, yo entre ellas, y con terror a los hombres.

—En realidad, no nombro al sacerdote —dijo Bucks—. No dije en ningún momento que todo ese diálogo tuviera lugar en la iglesia. Me limité a...

—Sí, pero tiene un efecto de gran *tendresse* —dijo la señora Wilks—. Mis memorias no tienen nada tan conmovedor. ¡Ojalá lo tuviesen! Mis memorias...

En ese punto entró lady Edwina, trastabillando.

—¡Mamá! —exclamó sir Quentin.

Me levanté de un salto y le acerqué una silla. Todo el mundo había saltado para hacer algo por lady Edwina. Sir Quentin agitó las manos, le suplicó que se fuera a descansar y preguntó:

—¿Dónde está la señora Tims?

Obviamente temía que su madre montara una escena. Yo también lo temía. Pero lady Edwina no lo hizo. En cambio, se adueñó de la reunión como si se tratase de un té de señoras, e interrumpió el proceso con la excusa de su edad avanzada y de su recién revelado encanto. Su representación me impresionó. Lady Edwina conocía a algunos de los presentes por el nombre, preguntó por sus familiares tan atentamente que dejó de tener importancia que varios hubiesen muerto años atrás. Cuando la señora Tims entró con el té y los panecillos en una bandeja, exclamó:

—¡Ah, Tims! ¿Qué exquisiteces nos trae?

Beryl Tims se quedó atónita al verla allí sentada, bien despierta, con el rostro empolvado y el vestido de raso negro con manchas frescas de polvo facial en el escote y los hombros. Estaba furiosa, pero se puso la sonrisita de Rosa Inglesa y con gran diligencia colocó la bandeja delante de lady Edwina, que en aquel instante le preguntaba al padre sin sotana:

—¿Usted es el párroco de Wandsworth vestido de civil?

—Lady Edwina, es su hora de descanso —trató de persuadirla la señora Tims con tono zalamero—. Vamos, venga. Venga conmigo.

—No, no, nada de eso —dijo el padre Egbert irguiéndose y alisándose la chaqueta de príncipe de Gales—. ¡No pertenezco a ninguna jerarquía religiosa de ninguna denominación!

—Vaya, pues a mí me huele a cura —dijo lady Edwina.

—¡Mamá! —le reprochó sir Quentin.

—Venga, vamos —repitió la señora Tims—. Esta es una reunión seria, una reunión de trabajo de sir Quentin...

—¿Cómo prefiere su té? —preguntó lady Edwina a Maisie Young—. ¿Suave o fuerte?

—Regular, por favor —dijo la señorita Young, y me miró de reojo por debajo de su sombrero de fieltro, como si necesitase juntar valor.

—¡Mamá! —volvió a decir sir Quentin.

—Pero ¿qué le sucedió a su pierna? —preguntó lady Edwina a Maisie Young.

—Tuve un accidente —repuso Maisie en voz baja.

—¡Lady Edwina! Preguntar eso... —dijo la señora Tims.

—Retire su mano de mi brazo, Tims —le dijo Edwina.

Cuando terminó de servir el té y hubo preguntado a la baronesa cómo se las ingeniaba para conservar su capa de armiño sin rastros de olor a naftalina, y después de que yo ayudara a sir Quentin a pasar las tazas de té, Edwina anunció:

—Bueno, voy a dormir mi siesta.

Apartando enérgicamente la mano de la señora Tims, permitió que sir Eric la ayudara a levantarse. En cuanto se retiró, seguida por la señora Tims, todos exclamaron: «Qué encantadora», «qué extraordinaria para la edad que tiene», «qué dama imponente». Siguieron hablando en esos términos entre bocado y bocado de panecillos y con el acompañamiento orquestal de las cucharitas contra la porcelana, hasta que lady Edwina volvió a abrir la puerta y asomó la cabeza para decir:

—Disfruté mucho del servicio religioso, siempre detesté cantar himnos.
—Y volvió a desaparecer.

Beryl entró con pasitos cortos y afectados y recogió las cosas del té, murmurando al pasar a mi lado:

—Ha vuelto a la cama. Llámame Tims, así, como a una sirvienta... Qué impertinencia.

Sentada en un rincón junto a mi máquina de escribir, tomé notas mientras ellos hablaban sobre sus memorias hasta las seis, media hora después de mi horario de trabajo.

—Cuando llegue a mis experiencias en la guerra —dijo sir Eric—, será el momento, el punto culminante.

—Fue durante la guerra cuando perdí la fe —declaró el padre Egbert—. Para mí también fue un momento culmen. Luché con mi Dios durante una noche entera, cuerpo a cuerpo.

La señora Wilks comentó que no todas las mujeres habían podido ser testigos de las flagrantes indecencias de la Revolución rusa y sobrevivido a ellas, como era su caso.

—Una adquiere un sentido del humor muy diferente —comentó, pero sin dar otras explicaciones.

Yo había estado escribiendo junto a mi mesita en el rincón. Recuerdo que la baronesa Clotilde se volvió hacia mí antes de irse y me dijo:

—¿Ha tomado nota de todo lo relevante?

A su vez, Maisie Young, apoyada en su bastón y con una mano siempre rodeada por la correa de su bolso, como si fuese una rienda, me dijo:

—¿Dónde puedo encontrar el libro del que me ha hablado el padre Egbert Delaney? Es una autobiografía.

Había estado conversando de forma privada con el sacerdote, apartada del murmullo general. Me volví hacia el padre Delaney, con mi lápiz sobre la libreta.

—*La Apología pro Vita Sua* —dijo—, de John Henry Newman.

—¿Dónde puedo conseguirlo? —preguntó la señorita Young.

Le prometí conseguirle un ejemplar de la biblioteca pública.

—Si uno está escribiendo su autobiografía, debe tomar como modelo lo mejor —dijo ella.

Le aseguré que la *Apología* figuraba entre lo mejor.

El padre Egbert murmuró para sí: «¡Qué pena!», pero no pudimos evitar oírlo.

Cuando se fueron todos ya eran las seis y media. Fui a buscar a lady Edwina para llevarla a cenar a mi casa.

—Está profundamente dormida —dijo Beryl Tims—. De todos modos, rompió la promesa que nos hizo. ¿Por qué habría que molestarse por ella? —Como sir Quentin estaba escuchando, Beryl se dirigió a él—: ¿Por qué deberíamos gastar en un taxi y molestarnos tanto? En definitiva, interrumpió la reunión.

—Pero todo el mundo quedó encantado —le recordé.

—Si hablo por mí, debo decir que pasé un *mauvais quart d'heure* —dijo Quentin—. Nunca se sabe lo que puede decir o hacer mi pobre madre. Rechazo toda responsabilidad. Un *mauvais quart d'heure*...

—Que siga durmiendo —dijo Beryl Tims.

Mientras me despedía de sir Quentin, él me dijo:

—Usted y yo tenemos un acuerdo de caballeros, ¿no? Jamás se discutirá ni mencionará lo que se hable en la Asociación. Todo es rigurosamente confidencial.

Como estoy muy lejos de ser un caballero, me mostré de acuerdo sin titubear. Siempre me ha impresionado mucho la casuística jesuita. El caso

es que en aquel momento solo pensaba en la reunión, cosa que me llenaba de alegría.

Cuando llegué a casa eran más de las siete. El señor Alexander bajó por la escalera con pesadez en el instante en que yo entraba en el vestíbulo.

—Hay una señora mayor esperándola. Le permití entrar en su habitación porque necesitaba sentarse. Le permití usar el baño porque necesitaba ir. Se orinó en el suelo.

Allí en mi cuarto encontré a lady Edwina, envuelta en su larga capa de chinchilla, sentada en mi sillón de mimbre, entre el cajón vacío en el que guardaba mis provisiones y mi estante con libros. Estaba radiante de orgullo.

—Me he escapado —dijo—. Los he engañado completamente. No había ni un taxi, pero me ha acercado un estadounidense. Tus libros... Cuántos tienes. ¿Los has leído todos?

Quería llamar por teléfono a sir Quentin para decirle dónde estaba su madre. En mi cuarto había un teléfono conectado con una centralita que estaba en el sótano. No obtuve respuesta, lo que no era raro. Agité la horquilla para que me atendiesen. El conserje para todo servicio de la casa, un hombre mal pagado y de cara colorada, que vivía con su mujer y sus hijos en aquellas profundidades, entró de pronto en el cuarto gritando que dejase de agitar la horquilla. Dijo que estaban reparando la centralita y que había un hombre trabajando horas extras para arreglarlo.

—La centralita está hecha polvo —vociferó. Me gustó la figura y la rescaté para mi uso futuro de las ruinas de la situación presente, como hacía siempre.

—Lady Edwina —dije—. ¿Ellos sabrán que está aquí? No puedo llamar.

—No se enterarán de que he salido —respondió—. Según suponen, estoy durmiendo, y antes me han dado una pastilla, pero yo la he tirado al inodoro. Llámame Edwina, algo que, te diré, no le permito hacer a gente como Beryl Tims.

Saqué tazas y platitos y me dispuse a pasar una noche divertida. Apoyé los pies de la anciana en tres volúmenes del *Gran diccionario de Oxford*. Parecía una reina, pero una reina cómoda. Ahora no tenía dificultades con su incontinencia y pidió que la llevase al baño una sola vez. Rio con su voz cascada al ver las huevas de pescado que le serví y las comparó con el caviar: «La misma cosa, solo que de una especie de pescado diferente».

—Tu estudio se parece tanto a los de París —me dijo—... a los de artistas que conocí... —reflexionó—. Artistas y escritores que se hicieron famosos, desde luego. Y tú también...

Me apresuré a asegurarle que era muy poco probable que me hiciese famosa. Me costaba imaginarme con éxito, tenía la idea de que eso le restaría calidad a mis escritos, ya entonces voluminosos, de los cuales solo se habían publicado ocho poemas en revistas menores.

Saqué un poema no publicado al que le tenía mucho cariño, aunque había sido rechazado ocho veces y había vuelto siempre a su nido en un sobre con franqueo y dirección escrita de mi puño y letra: apareció entre mis cartas matutinas y regulares a lo largo de un año entero. Quizá yo lo quería tanto por esa condición de paria. Las manos de la vieja agarraron la piel de chinchilla con las largas uñas rojas, que se hundieron en el pelaje plateado. El poema se llamaba «Metamorfosis».

*Este es el dolor que soportan las anémonas de mar,
en su temor de aberración, mas con empeño
aspirando a respirar de otra forma,
más compleja, y pasando
sin cesar de flor a animal.*

Leía esta primera estrofa cuando llegó mi novio Leslie, que usó la llave que yo le había dado. Era alto y encorvado, con un mechón de pelo rubio sobre un ojo y una cara fresca y juvenil. Estaba orgullosa de él.

—¿Cómo está? —le preguntó Edwina cuando se lo presenté.

Edwina me había dicho que, como nunca recordaba nombres o caras, siempre saludaba a la gente con un «¿cómo está?» por si acaso ya la conocía.

—Muy bien, gracias —dijo Leslie, sin devolver la pregunta.

A menudo Leslie me irritaba muchísimo con sus pequeñas faltas de educación. Solía estar absorbido por innumerables ansiedades privadas que era demasiado egocéntrico para superar. Ni siquiera cuando yo le estaba presentando esta aparición espléndida, Edwina, un viejísimo, arrugado y pintarrajeado espíritu envuelto en lujosas pieles.

Mientras se quitaba el abrigo y se sentaba en el diván, Edwina le preguntó con amabilidad:

—¿Cuál es su profesión, señor?

—Soy crítico.

De pronto me sentí desilusionada de Leslie. Era un sentimiento que me invadía cada vez con mayor frecuencia y que terminaba siempre en riñas. Leslie se limitó a sentarse y dejarse entrevistar, sin poder olvidarse de sí mismo ni de sus problemas, el rostro joven y el aspecto saludable en contraste con la perspicacia demencial de Edwina, sus uñas escarlata, sus ojos brillantes y ávidos. En el bolsillo del abrigo de Leslie vi asomar el cuello de una botella que seguramente había traído para los dos. La saqué. Era vino argelino de contrabando.

—¿Eres crítico musical? —le preguntó Edwina.

—No, crítico literario. —Leslie se volvió hacia mí—: En realidad, ese poema que estabas leyendo... ¿Cómo era ese verso...? ¿«Aspirando a respirar»...?

Dejé la botella para coger mi poema.

—Creen que tengo un tornillo flojo —dijo Edwina—. Pero no tengo ningún tornillo flojo. ¡Qué va!

—Un verso muy malo —observó Leslie.

Lo leí en voz alta: «Aspirando a respirar de otra forma...». Habría reconocido que Leslie tenía razón, pero en lugar de eso, le pregunté:

—¿Qué tiene de malo?

—¿De qué es esa botella? —preguntó Edwina.

—Demasiado débil. Suena mal —dijo Leslie.

—Edwina —dije—, es vino de Argelia. Me encantaría darle un poco, pero creo que no le sentaría bien.

—Yo la abro —dijo Leslie, cogiendo el sacacorchos con aire de dueño de casa.

Él era ambivalente con lo que yo escribía: solía gustarle, pero le desagradaba mi aspiración a ser una autora con obra publicada. Esto me llevaba a rechazar la mayoría de sus críticas. En cuanto a que Leslie fuese crítico literario, no dejaba de ser verdad, porque comentaba libros en una revista llamada *Tiempo y marea*, así como en otras publicaciones menores, pero su trabajo diario era como empleado en un estudio de abogados.

Leslie descorchó la botella mientras Edwina le aseguraba que le vendría muy bien un sorbito de vino argelino.

Llamaron a mi puerta. Era el conserje, furioso, seguido por el señor Alexander, el dueño de la casa.

—Alguien está llamando al número particular del señor Alexander. Es una gran molestia —dijo el conserje.

Y el señor Alexander añadió:

—El teléfono de la casa no funciona. Voy a permitirle que responda esta llamada en nuestra sala, ya que su amigo dice que es urgente. Pero le ruego que le diga a ese amigo que no vuelva a molestar.

Continuó hablando sobre el tema mientras lo seguía hasta la sala, donde estaba su mujer, con el pelo renegrido y cortado estilo casco, sentada con las largas piernas estiradas.

Era sir Quentin.

—Mamá no está aquí —dijo—. Nosotros...

—Está aquí, conmigo. Yo la llevaré a casa.

—Estábamos tan preocupados, señorita Talbot... Ha sido muy difícil comunicarnos con usted. La señora Tims...

—Por favor, no vuelva a llamar a este número —lo interrumpí—. No les gusta. —Colgué el auricular y comencé a disculparme ante los Alexander—. Como ven, se trata de una señora anciana y...

Ambos me miraban con antipatía glacial, como si mi voz fuese una ofensa. Volví rápidamente a mi cuarto, donde hallé a Leslie y Edwina muy contentos bebiendo juntos. El encanto de Edwina comenzaba a actuar sobre Leslie, que estaba leyéndole mi poema y criticándolo verso por verso.

Accedió a llevar a Edwina a su casa. Salió a hacer una llamada y a buscar un taxi, con el que volvió hasta la puerta.

—Después me iré directamente a casa —me dijo. Edwina iba aferrada a su brazo—. Tengo que acostarme temprano.

—Yo también —respondí—. Tengo mucho en qué pensar.

—Tiene celos de ti, Fleur —comentó Edwina, pero yo no estaba muy segura de lo que quería decir.

Antes de que la despidiera en el taxi me preguntó:

—¿Es un Degas el cuadro que tienes en tu cuarto?

—De su escuela —repuse.

Leslie rio, encantado. Me despedí de ambos y volví a mi cuarto. Recuerdo haber contemplado mi cuadro de dos mujeres con pompones rojos en los sombreros rígidos de color marrón, y guiando un carruaje. Me pregunté cómo era posible ver en él un Degas. Era un cuadro inglés con la firma «J. Hayllar 1863».

Había empezado a recoger todo y a prepararme para dormir, satisfecha en general con mi día, cuando oí a una mujer que cantaba *Auld Lang Syne* en la calle, bajo mi ventana. Era la señal que utilizaban algunos pocos amigos para que les abriese la puerta de noche sin sufrir la desaprobación del implacable patrón y su personal. Abrí la ventana y miré. Me sorprendió ver la voluminosa silueta de la mujer de Leslie, Dottie, bajo la luz de la farola, porque era ya cerca de medianoche y nunca había venido a visitarme tan tarde, aunque solo fuese porque podría encontrarse aquí a su marido.

—¿Qué pasa, Dottie? —le pregunté—. Leslie no está.

—Lo sé. Me ha llamado por teléfono para decirme que iba a acompañar a su casa a una vieja, amiga tuya, y que luego tenía que ir a una reunión literaria ineludible en el SoHo. Fleur, tengo que hablar contigo.

Oí que se abría una ventana sobre mi cabeza, pero no miré hacia arriba. Sabía que era uno de los Alexander, dispuesto a armar un escándalo. Entonces me limité a decir:

—Voy a abrirte la puerta.

Arriba, las ventanas se cerraron. Bajé y le abrí la puerta a Dottie. Tenía la bonita cara semicubierta por un chal y olía a ese dulce perfume llamado Rosa Inglesa.

Serví un poco de vino argelino y ella se puso a llorar.

—Leslie nos utiliza a las dos como pantalla —dijo—. Tiene otra persona.

—¿Quién? —le pregunté.

—No lo sé, pero es un poeta joven, un hombre. Estoy segura. «El amor que no osa mencionar su nombre».

—Una relación homosexual —dije, osando mencionar tal nombre, lo cual aumentó la desesperación de Dottie.

—¿No te sorprende? —me preguntó.

—Mucho, no. —Me pregunté cómo encontraba tiempo para atendernos a los tres.

—Estoy atónita —dijo Dottie— y herida. Profundamente herida. No sabes cuánto estoy sufriendo. Pienso iniciar una novena a Nuestra Señora de Fátima Bendita. No sufrí tanto mientras supe que tú eras su amante, Fleur, porque...

La interrumpí para hacer algunas reflexiones sobre la palabra *amante*, que tenía connotaciones bastante diferentes de las que hubieran podido aplicarse a mi relación con el pobre Leslie.

—¿Por qué dices «pobre Leslie»?

—Porque es evidente que tiene dificultades con su vida. No puede manejarla.

—Pero él te llama su amante. Es la palabra que usa.

—Es una pretensión. Pobre Leslie.

—¿Qué debo hacer?

—Podrías dejarlo. Podrías quedarte junto a él.

—No puedo decidir. Estoy sufriendo. Soy un ser humano.

Desde el primer momento sabía que tarde o temprano diría que era humana. Intuí que no tardaría mucho en acusarme a mí de no ser humana. Súbitamente tuve una idea.

—Podrías escribir tu autobiografía —propuse—. Podrías ser miembro de la Asociación Autobiográfica, en la que todos escriben la historia de su vida y la hacen guardar durante setenta años para que no se ofenda ninguna persona que esté viva. Podría ser un consuelo.

Eran las dos de la mañana y aún no me había acostado. Recuerdo como reaparecieron todos los hechos de ese día, repletos de una vida misteriosa. Me dormí con una extraña mezcla de tristeza y expectativa; ambos sentimientos eran uno.

3

Ahora que relato lo que me sucedió y lo que hice durante 1949, me doy cuenta de cuánto más fácil es manejar los personajes de una novela que los de la vida real. En una novela, el autor inventa personajes y los dispone en el orden conveniente. Ahora que me toca escribir en estilo biográfico, debo hablar de lo que sucedió en realidad y de la gente que apareció en mi vida de forma natural. La historia de una vida es una reunión muy informal: no existen reglas de prioridad o de hospitalidad, ni hay invitaciones.

En una conferencia sobre el drama, alguien famoso observó que la acción no se limita exclusivamente a los puñetazos, con lo que sin duda quiso decir que el diálogo y el sentido también son acción. Del mismo modo, la acción en la historia de mi vida durante 1949 incluye el trabajo que realizaba cuando daba lo mejor de mi inteligencia a mi libro, *Warrender Chase*, casi todas las noches y casi todos los sábados. *Warrender Chase* suponía para mí tanta acción como cuando discutía con Dottie a propósito de Leslie, cuando la persuadía de que no intentara retenerlo con un hijo, como aquella noche en la que vino a decirme que estaba decidida a quedarse embarazada. Mi *Warrender Chase*, escondido a toda prisa cuando llegaban visitas o por temor a que la mujer que hacía la limpieza lo tirase a la basura cuando por la mañana yo me iba a trabajar, ocupaba la parte más dulce de mi mente y la parte más singular de mi imaginación. Era como estar enamorada. No, era aún mejor. Todo el día, mientras me ocupaba activamente de los problemas de la Asociación Autobiográfica, veía en mi novela inconclusa la personificación de alguien, era casi una compañía secreta, un cómplice que me seguía a todas partes como una sombra, hiciera lo que hiciera. No tomaba notas, salvo mentalmente.

Aunque en realidad la historia de *Warrender Chase* ya estaba formada y en absoluto se había visto influenciada por los problemas de la Asociación Autobiográfica. Lo interesante del caso es que en esa época me parecía lo contrario. Digo, en esa época, porque al pensar en eso ahora, me pregunto cómo podría haber sido así. Sin embargo, así era. En mi estado febril de creatividad vi a sir Quentin revelarse ante mis ojos capítulo tras capítulo, hasta ser el modelo y la consumación de Warrender Chase, mi protagonista. Y veía a los miembros de la Asociación Autobiográfica a punto de convertirse en sus víctimas, ya que él era una versión psicológica de Jack el Destripador.

Mi Warrender Chase estaba casi muerto al finalizar el primer capítulo. En ese momento su familia, su sobrino Roland y su madre Prudence, esperan la llegada del eminente embajador, poeta y moralista, cuando les anuncian el accidente automovilístico en el que el gran Warrender muere. Quizás alguien recuerde que antes de quedar debidamente establecida su muerte, en el punto en que la mujer de Roland, Marjorie, descubre que el rostro del muerto es irreconocible, dice: «¡Tendrá que someterse a varias operaciones, como quien debe usar una máscara el resto de su vida!». Mi intención era que el comentario brotase como una de las tantas series de palabras absurdas y sin sentido que la gente pronuncia cuando está en estado de shock o de histeria. Pero el hecho es que Warrender muere y, además, pierde su máscara para el resto de su existencia. Su existencia, quiero decir, en las páginas de mi novela, después de que Prudence, contra los deseos del resto de la familia, confíe las cartas y otros documentos de Warrender al erudito estadounidense Proudie. En mi novela, los documentos estaban ya en manos de Proudie cuando comencé a advertir el rumbo de las ideas de sir Quentin.

Como saben, yo ya sospechaba que sir Quentin estaba involucrado en alguna forma de estafa, quizá con vistas al chantaje. Pero al mismo tiempo, no llegaba a vislumbrar del todo en qué forma se daba ese chantaje. Él no perdía dinero con el proyecto y además parecía ser un hombre bastante rico. Por otra parte, las víctimas potenciales de la Asociación se caracterizaban más por la alta posición social que alguna vez habían tenido que por el tipo

de riqueza que suele tentar al chantajista común. En realidad, algunos de ellos se habían empobrecido mucho.

Entendí a través del correo, que los cuatro miembros que no concurrieron a la reunión intentaban separarse del grupo. Yo también tenía decidido que, en cuanto mi difuso desasosiego y mis sospechas sobre el móvil de sir Quentin se materializasen de alguna manera, abandonaría el empleo sin más ni más.

Entre los cuatro integrantes que se retiraban había un químico farmacéutico de Bath que invocó obligaciones profesionales, y el respetable y bien conectado general de División sir George Beverley, que escribió para manifestar que la memoria estaba fallándole mucho, tanto que por desgracia no recordaba nada del pasado. Además, había una directora de escuela jubilada, de Somerset, que escribió para contar que sus actividades en el club de tenis le impedían, también por desgracia, dedicar a sus memorias el tiempo que había planeado, y más tarde, tras la presión de sir Quentin, dio como pretexto adicional que su artritis hacía imposible el uso sostenido de la máquina de escribir o el lápiz. El cuarto miembro que se retiró fue aquella amiga mía, la que me había recomendado para el empleo. Una vez que yo estuve establecida en él, imagino que no consideró tan oportuno revelarle la historia de su vida a sir Quentin, ya que pasaría por mis manos. Escribió entonces, diciendo que su biografía era tan interesante que pensaba escribirla con el propósito de publicarla. También me escribió a mí, invocando las mismas razones y rogándome que me hiciera con las páginas preliminares entregadas a sir Quentin y que se las enviara por correo. Así lo hice. Y, según creo, sir Quentin sabía muy bien que se las había sustraído, porque aunque buscó las tres páginas de mi amiga Mary y no las encontró, nunca me preguntó si sabía algo de ellas. Yo estaba dispuesta a decirle que se las había devuelto, pero sir Quentin se limitó a mirarme sonriente y a comentar:

—Bien, bien... Eran interesantes, ¿no?

—No sé —dije—. Nunca las leí. —Y era verdad.

Después de una serie de cartas persuasivas de sir Quentin y de otras tantas respuestas de los cuatro desertores, cada vez más firmes y, de algún modo, asustadas, ellos quedaron fuera del grupo. El químico de Bath llegó a

solicitar a su abogado que informara firmemente a sir Quentin de que se retiraba de la Asociación. Percibí cierto grado de histeria en el hecho de recurrir a un abogado, cuando sencillamente ignorar las cartas de sir Quentin habría tenido el mismo efecto.

Lo que tenían en común todos los miembros del grupo que quedaron cerca de sir Quentin era su debilidad de carácter. Que para mí no es más despreciable que la debilidad física. No todos nacemos héroes y atletas. Al mismo tiempo es sabiduría elemental temer siempre a las debilidades, incluidas las propias. Las reacciones de los débiles cuando estallan pueden ser terribles y sorprendentes. Con esto quiero decir que, a mi juicio, sir Quentin estaba envuelto en algo sumamente peligroso, con su evidente intento de tener a ese grupo de seres débiles bajo su dominio, con fines que yo, por el momento, no alcanzaba a descifrar. A pesar de ello, le conté a Dottie todo lo que sospechaba antes de presentarla a la Asociación Autobiográfica. Le aconsejé que en ninguna circunstancia se pusiera al descubierto, que por el contrario, tratase de obtener alguna diversión de las actividades del grupo. Yo deseaba introducir un poco de entusiasmo que animase y cambiase la fisonomía de las reuniones y de los textos, cuya solemne intensidad estaba fuera de toda proporción con el tema tratado. Por siniestro que sea el tema de mi *Warrender Chase*, que ocupaba entonces mi mente por completo, nadie puede decir que no sea una novela llena de energía. No obstante, creo que mis lectores se asombrarían si se enteraran de las dificultades que me causó ese aspecto siniestro, y este punto de las dificultades forma parte de la historia que estoy relatando, y es por eso por lo que creo que merece ser contada.

De inmediato Dottie se dedicó a trabar amistad con los miembros de la Asociación Autobiográfica. No le costó demasiado esforzarse a ese espíritu de nostalgia, puesto que se sentía perseguida y tenía una profunda necesidad de sentirse querida. Pero su sinceridad y su incapacidad para apartarse de las situaciones ajenas me alarmaban. Se lo advertí. Le advertía sin cesar que sir Quentin no tramaba nada bueno.

—Entonces —dijo Dottie—, ¿me metiste en ese grupo para servir a tus propios fines?

—Sí. Y también porque pensé que podría divertirme. No dejes que te arrastren demasiado. Son gente infantil, Dottie, y cada día que pasa se vuelven más infantiles.

—Rezaré por ti a Nuestra Señora de Fátima —dijo ella.

—*Tu* Señora de Fátima —señalé.

Yo era creyente, pero el concepto que tenía Dottie de la religión era diametralmente opuesto al mío. Por eso, cuando años más tarde me confesó de manera dramática que había perdido la fe, sentí cierto alivio, pues siempre había pensado que si su fe era auténtica, la mía tenía que ser falsa.

Pero volviendo a mi cuarto, tras regresar juntas de una reunión en casa de sir Quentin, Dottie me dijo:

—Tú me has metido entre ellos. Rezaré por ti.

—Reza por los miembros de la Asociación Autobiográfica —repliqué.

No sé por qué imaginaba que Dottie era mi amiga, pero lo imaginaba. Creo que también ella me veía así, aunque en realidad no me tenía mucha simpatía. En aquella época, entre la gente con la que uno alternaba se tenían amistades casi por predestinación. Allí estaban, como nuestro abrigo de invierno y nuestro humilde equipaje. A uno no se le ocurría deshacerse de ellos por el mero hecho de que no nos resultasen simpáticos. Durante 1949, la vida en torno al mundillo intelectual era un universo en sí. Era algo semejante a la vida de hoy en Europa Oriental.

Estábamos sentadas hablando de la reunión. Se acercaba el fin de noviembre. Durante todo el trayecto a casa había discutido con Dottie, en el autobús, y de pie en la cola del supermercado, donde, mientras esperábamos, siempre se agotaba el producto que ella quería, fuera el que fuera. Y de todas formas, era la hora del cierre; el empleado de delantal marrón cerró las puertas con un ruido de cerrojos y nos alejamos desalentadas.

La Asociación Autobiográfica la había hecho olvidar un poco a Leslie. Hacía más de tres semanas que ninguna de las dos lo veía. Por mi parte, había decidido terminar mi relación con él, lo que no me costaba mucho, a pesar de que extrañaba su cara y su conversación. Dottie estaba furiosa con

mi indiferencia: deseaba que yo estuviera enamorada de Leslie y no me fuese posible conquistarlo, porque sentía como si su propiedad se hubiese devaluado.

Esa tarde fue la tercera vez, desde que había comenzado a trabajar, que asistí a una reunión de los autobiógrafos de Quentin. Hasta ese momento Dottie no había preparado material biográfico propio para someterlo a los otros miembros. Lo que había hecho era escribir una larga confesión sobre Leslie, su joven poeta, y los sufrimientos ulteriores de ella. Yo la hice pedazos y le advertí con vehemencia sobre los peligros de hacer revelaciones verídicas como aquella.

—¿Por qué? —quiso saber.

No podía decirle por qué. No lo sabía. Le dije que podría explicárselo cuando hubiese escrito unos capítulos más de mi novela *Warrender Chase*.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

La pregunta era razonable.

—Es la única forma de llegar a una conclusión sobre lo que sucede en casa de sir Quentin. Tengo que elaborarlo a través de mi propia creatividad. Debes seguir mi instinto, Dottie. Te advertí que no te entregaras.

—Pero esa gente me gusta. Además, Beryl Tims es tan buena... Sir Quentin es raro, pero me inspira confianza. ¿A ti no? Es como un sacerdote que conocí en la escuela, cuando estaba con las monjas. Y me da muchísima lástima por esa madre espantosa que tiene. Es realmente bueno...

Sentada con Dottie en mi cuarto, seguí intentando avanzar torpemente hacia la claridad. Dottie, al contrario, defendía con perfecta claridad su idea de involucrarse por completo. En cuanto a mí, presentía dificultades, para ella o por ella.

—Si piensas así —dijo Dottie—, deberías dejar tu empleo.

—Lo que ocurre es que estoy implicada y quiero saber qué hacen. Intuyo algo sucio.

—Pero no quieres que yo me involucre.

—No, es peligroso. Ni yo misma querría mezclarme en...

—Primero me dices que estás implicada. Luego, que no querrías mezclarte. La verdad —dijo Dottie— es que te molesta que yo me entienda

tan bien con todos, con sir Quentin y el resto de los miembros del grupo, y con Beryl.

Era verdad que se llevaba bien con ellos. Esa tarde habían asistido todos los miembros que quedaban, incluida Dottie, siete en total.

De inmediato la señora Tims arrinconó a Dottie para preguntarle en voz baja, allí mismo, en el vestíbulo, si tenía noticias de su marido. Dottie murmuró algo poniendo ojos de carnero. Yo estaba ocupada con la llegada de Maisie Young, que lograba avanzar deportivamente con su pierna inútil, y con el padre Delaney, nervioso como siempre, pero oí a Beryl una y otra vez lanzar exclamaciones mientras duraron las confidencias de Dottie, y frases como: «¡Qué cochino!», «Es un horror. Habría que abandonarlo en una isla desierta». Traté de sacar a Dottie de eso, pero ella no estaba dispuesta a seguirme al estudio hasta no terminar su charla con Beryl Tims. Tuve que abandonar a mis dos Rosas Inglesas y ocuparme de mis tareas.

Durante las últimas siete semanas los miembros que habían permanecido fieles a la Asociación habían visto algunos cambios alarmantes en sus autobiografías. Cierta día a finales de octubre, sir Quentin me dijo:

—Creo que sus divertidas intervenciones en las historias de nuestros amigos han sido muy apropiadas hasta ahora, pero ha llegado el momento de que me ocupe yo, señorita Talbot. Veo que es mi deber. Se trata de una cuestión moral.

No opuse objeciones, aunque siempre había comprobado que la gente que habla de «cuestión moral» con ese tono preciso y serio con que lo hizo sir Quentin solo trata de justificarse por algo, que en general no es nada bueno.

—Le diré —dijo sir Quentin— que son todos muy francos, la mayoría de ellos por lo menos tiene una gran franqueza. Pero sentido de culpa, en mi opinión...

Había dejado de escucharlo. Después de todo yo solo trabajaba para él. En muchos sentidos me alegré de librarme de la tarea de emplear mi propia inventiva para dar un poco de vida a esas biografías monótonas. Con la excepción de Maisie Young, que seguía produciendo gran cantidad de material sobre el Más Allá y la Unidad de la Vida, los demás habían

comenzado a bosquejar sus aventuras amorosas con el estímulo de sir Quentin. Yo no las habría llamado francas, como se empeñaba en insistir él. Lo único logrado hasta el momento era la descripción de la señora Wilks sobre el soldado que le desgarró la blusa antes de que ella huyera de Rusia en 1917. A la baronesa Clotilde la habían sorprendido en la cama con su profesor de música en el encantador *château* francés cerca de Dijon. El padre Egbert Delaney, que había tomado la pluma con cierta aprensión, continuaba, muchas páginas después, delineando con idéntica aprensión la experiencia de los pensamientos impuros la primera vez que oyó una confesión. Lady Bernice Gilbert, «Bucks», hacía un relato retrospectivo de su adolescencia y dedicaba un largo capítulo a su aventura lésbica con la capitana del equipo de hockey, con numerosas descripciones de crepúsculos en las colinas de Cotswold creando atmósfera. En el caso del tímido sir Eric, era una relación de internado con otro chico; lo que constituía la única parte interesante de la aventura, porque mientras hacía lo que fuere que hubiera hecho con el otro chico, porque no lo especificaba, la mente del joven Eric había estado puesta todo el tiempo en una actriz que se había alojado en casa de sus padres durante las vacaciones de mitad de cuatrimestre.

Sir Quentin describía estas contribuciones como «francas» con un énfasis tan marcado que me aburría.

—Es hora de que me haga cargo de esto —dijo—. Es una cuestión moral.

—Quisiera que no hubieses roto lo que escribí —me dijo Dottie. Aquella noche de finales de noviembre estábamos las dos en mi cuarto—. Me siento muy mal por no tener nada que ofrecer.

—Por lo que pude oír, le ofreciste toda la historia a Beryl Tims —señalé.

—Hay que confiar en alguien. Es una verdadera amiga. Me parece escandalosa la forma en que tiene que correr todo el día detrás de esa vieja espantosa.

Durante las últimas semanas habían contratado a una enfermera para que atendiese a lady Edwina. Era una mujer tranquila, menospreciada por Beryl Tims. Lady Edwina había dejado de ser una carga para Beryl Tims, y seguía siendo cada día más estrafalaria y divertida. Yo la quería de verdad. En la última reunión de la Asociación Autobiográfica, la que comentaba ahora con Dottie, Edwina hizo su aparición a la hora del té, vestida de terciopelo gris plata con muchas vueltas de un collar perlas. Las arrugas llenas de colorete y el rímel corrido eran un espectáculo digno de verse. Se portó con suma elegancia y no se orinó. Solo cuando fue hora de retirarse y la enfermera entró con timidez a buscarla, Edwina lanzó una de sus largas carcajadas de hiena seguidas por el comentario:

—Ah, queridos, los tiene a todos bien agarrados, ¿no? ¡Ja, ja! Mi hijo Quentin nunca falla. —El índice huesudo de su mano derecha apuntó hacia Maisie Young—. Salvo a ti. Todavía no ha empezado contigo. —Los ojos de Maisie parecían hipnotizados por la larga uña roja que la señalaba.

—¡Mamá! —dijo Quentin.

En aquel momento miré a Dottie. Le susurraba algo a la señora Tims, que asentía con aire perspicaz y comprensivo.

No le respondí cuando, esa noche, sentada en mi cuarto con aire hosco, continuó recalcando la compasión que sentía por Beryl Tims y la fuerte convicción que tenía de que era necesario llevar a lady Edwina a una residencia geriátrica. Tenía la impresión de que intentaba irritarme. Era evidente que Dottie estaba cansada. Por algún motivo, no recuerdo haberme sentido cansada en aquella época. Seguramente alguna vez me sentí agotada, ya que cada día me ocupaba de una cantidad de cosas enorme y variada. Sin embargo, no recuerdo ninguna ocasión en que me sintiera tan extenuada como lo estaba Dottie en ese momento.

Preparé té y me ofrecí a leerle pasajes de mi *Warrender Chase*. Lo hice por mí, aparte de por entretenerla o halagarla a ella de alguna manera; por mí, porque pensaba escribir unas páginas más cuando Dottie se fuera a su casa y esa lectura era una especie de preparación.

Ahora estaba en la parte en la que Roland, el sobrino de Warrender, y su mujer Marjorie comienzan a revisar los papeles de Warrender antes de pasárselos a Proudie, dado que Prudence, la viejísima madre de Warrender,

había escogido al erudito Proudie para que se hiciera cargo de ellos. Esto sucede tres semanas después del entierro íntimo, limitado a la familia, que ya había descrito anteriormente de forma detallada. Dottie conocía esa parte del funeral, al que había calificado como «demasiado frío», pero el comentario no me preocupaba. En realidad, su crítica era un indicio más bien auspicioso para mí. «No distingues bien la tragedia de la muerte de Warrender», me había dicho Dottie. Otro comentario que tampoco me preocupaba mucho. Decía, entonces, que este nuevo capítulo es el escrito desde el punto de vista de Roland, según el cual su tío Warrender Chase había sido un gran hombre cuya vida se truncó de forma trágica cuando estaba en la flor de la vida. Esto era ampliamente reconocido. Había alcanzado su importancia con éxito.

La familia, que en secreto disfruta de su duelo, cuenta con que Roland y Marjorie cumplan concienzudamente con su deber, es decir, que revisen de manera minuciosa los papeles de Warrender con Proudie y por fin publiquen una *Vida y correspondencia* o un homenaje de este género a Warrender Chase. Hagan lo que hagan, aunque tarden años en llevarlo a cabo, no puede menos que ser interesante. La tarea, como es lógico, entristece a Roland, que hojea los papeles del muerto. Warrender Chase, un hombre tan vital pocas semanas antes, ahora muerto. Roland está triste, un poco inquieto. Entonces ¿por qué Marjorie, que hasta el momento había sido una mujer abatida y neurótica de treinta años, comienza a animarse? Desde el funeral su belleza renovada y su alegría se habían vuelto cada día más visibles. Proudie había advertido con claridad esa renovada felicidad de Marjorie.

Sin duda lo que acabo de considerar tiene por objeto tan solo recordar otros hechos. Pero cuando se lo leí a Dottie esa noche en mi cuartito alquilado vi que no le gustaba nada. Citaré el pasaje exacto al que ella por fin hizo objeciones:

—Marjorie —dijo Roland—. ¿Te pasa algo?

—No, nada.

—Es lo que pensaba —dijo él.

—Parece que me acusas de estar bien —observó ella.

—En cierto modo, sí. La muerte de Warrender no parece haberte afectado.

—Le ha afectado en un sentido hermosísimo —dijo Proudie.

(Cambié «hermosísimo» por «favorable» antes de enviar el libro a la editorial. Probablemente había estado leyendo demasiado Henry James y la verdad es que «hermosísimo» resultaba exagerado).

En este punto Dottie dijo:

—No sé hacia dónde te diriges. ¿Warrender Chase es el héroe de la novela o no?

—Sí, es el héroe —repuse.

—En ese caso, Marjorie es mala.

—¿Cómo puedes decir eso? Marjorie es pura ficción. No existe.

—Marjorie es una personificación del mal.

—¿Qué es una personificación? —le pregunté yo—. Marjorie no es más que palabras.

—A los lectores les gusta saber dónde están —comentó Dottie—. En esta novela no lo saben. Marjorie da la impresión de estar bailando sobre la tumba de Warrender.

Dottie no era tonta. Yo sabía que no daba muchas pistas a los lectores para que supieran de parte de quién debían ponerse. Simplemente, me sentía bajo la compulsión de continuar con mi historia sin indicarles lo que debían pensar. Al mismo tiempo, Dottie acababa de darme la idea para esa escena, hacia el final del libro, en que Marjorie baila sobre la tumba de Warrender.

—¿Sabes una cosa, Fleur? —dijo Dottie—. Tienes algo de cruel. Ese no es un rasgo demasiado femenino, ¿no?

Eso sí que me enfadó. Y para mostrarle que sí era femenina rompí las páginas de mi novela y las tiré a la basura, me puse a llorar y la eché de mi cuarto con bastante brusquedad y ruido, por lo cual el señor Alexander se asomó por la barandilla de la escalera y se quejó.

—Vete —le grité a Dottie—. Entre tú y tu marido habéis estropeado mi obra.

Después de eso me acosté. Inundada de paz, me dormí.

A la mañana siguiente, tras haber rescatado las páginas destrozadas de *Warrender Chase* de la papelería y haberlas pegado juntas otra vez, me fui a trabajar. Por el camino, me paré en la biblioteca pública de Kensington para

buscar un ejemplar de la *Apología* de John Henry Newman, que hacía mucho tiempo le había prometido a Maisie Young. Aunque estuviera lisiada bien podría haberlo conseguido ella misma en las semanas transcurridas, pero pertenecía a ese sector de la sociedad, no necesariamente el menos instruido, que siempre pregunta cómo puede conseguir un libro. Todos saben muy bien que compramos zapatos en la zapatería y pan en la panadería, pero entrar en una librería es para ellos algo que por alguna razón queda fuera del alcance de su imaginación.

A pesar de todo, sentía cierto aprecio por Maisie y creía que las soberbias páginas de la autobiografía de Newman ligarían su mente al feliz mundo de la gente de carne y hueso, aunque la obra tuviese un contexto espiritual. Era necesario traer a Maisie a la realidad.

Encontré el libro en una de las estanterías y de paso descubrí, en la misma sección, una obra que hacía años que no veía. Era la autobiografía de Benvenuto Cellini. Fue como encontrar a un viejo amigo. Cogí los dos libros y reanudé mi camino llena de júbilo.